

María José Báguena: Recuerdos de una larga amistad

Maríaluz López-Terrada (*)

(*) orcid.org/0000-0003-2657-2309. INGENIO (CSIC-Universitat Politècnica de València).

Dynamis

[0211-9536] 2021; 41 (1): 241-243

<http://dx.doi.org/10.30827/dynamis.v41i1.22470>

Conocí a María José cuando las dos éramos unas niñas, ya que nuestros padres, ambos catedráticos de la Facultad de Medicina eran muy amigos. Sin embargo, nuestra amistad y relación profesional comenzó años después, concretamente en 1987 cuando María José ya era profesora de historia de la medicina y, por circunstancias que no vienen al caso, me incorporé al departamento como profesora ayudante. Desde entonces fuimos, además de hijas de amigos y compañeras de trabajo, sobre todo, amigas.

Durante los primeros años en el Departamento de Historia de la Medicina y Documentación, dados nuestros diferentes intereses y formaciones, fue una de las pocas ocasiones en las que ambas participamos en un mismo proyecto de investigación, la *Bibliographia Medica Hispanica*, en el que de una manera u otra estuvimos implicados todos los que allí trabajábamos y firmamos alguno de los volúmenes publicados. Fue un ambicioso esfuerzo colectivo por recoger y organizar la totalidad de impresos médicos hispanos publicados desde la aparición de la imprenta hasta el siglo XX que, aún hoy, casi cuarenta años después, con todos los cambios heurísticos, metodológicos e historiográficos experimentados por nuestra disciplina, sigue siendo una herramienta útil. Esta tarea de localizar sistemáticamente libros de medicina directamente en los catálogos y ficheros de las bibliotecas o en repertorios impresos en un momento en que no existía internet, la compatibilizábamos con las líneas personales fruto de las tesis doctorales que, muchos de nosotros, habíamos leído pocos años antes. De esta manera se llegaron a publicar varios volúmenes colectivos donde se recogían trabajos individuales basados en cada una de las líneas que seguíamos, a la vez que montamos exposiciones divulgativas en las que de una forma u otra participábamos todos.

Además, y mucho más importante para nosotras, fue en esta época cuando fuimos madres casi a la vez. María José fue siempre una mujer muy generosa y, siempre recordamos que durante su infancia mi hija Mariluz llevó la ropa que le iba quedando pequeña a María José hija. Pero no solo compartíamos los problemas habituales de la crianza, sino también los obstáculos e incomprensión que una mujer en los años 90 del siglo pasado, y también ahora, tenía para tratar de conciliar trabajo y maternidad, en un momento en el que se consideraba por parte de muchos de nuestros compañeros que dedicarte a ser madre era incompatible con llevar una carrera científica de excelencia. Así, durante muchos años estuvimos junto con el resto de colegas en el departamento situado en el tercer piso de la Facultad de Medicina, investigando, dando clases, asistiendo a reuniones y congresos, pero también compartiendo cafés, almuerzos y comidas, en jornadas que tratábamos de ajustar al horario de los colegios.

Cuando el Instituto se trasladó a su sede actual en el Palau de Cerveró en 2007, hasta que el CSIC rompió el convenio por el que formaba parte de un instituto mixto en 2015, tuve el privilegio de compartir con María José un precioso despacho desde el que se veían las Torres de Serrano. En ese momento ambas, ya situadas en un periodo personal bien diferente, estábamos empezando a trabajar en nuevos proyectos y a colaborar no sólo con colegas del instituto, sino también con investigadores de otras instituciones. El lugar al que nos habíamos trasladado, con una maravillosa biblioteca, espacios y materiales para montar exposiciones permanentes y temporales, y con visitas de colegas y estudiantes de todo el mundo era perfecto para llevarlos a cabo. Aunque, dadas nuestras respectivas especialidades, cada una estaba centrada en temas y periodos históricos diferentes, y no estuviéramos adscritas en un mismo proyecto de investigación, durante los casi ocho años que fuimos compañeras de despacho, tanto los temas en los que trabajábamos, como las tesis que dirigíamos, o las comunicaciones que estábamos preparando siempre fueron compartidos, comentados y analizados en aquel espacio privilegiado. Fue precisamente en 2008 ya instaladas en el Palau Cerveró cuando ambas firmamos nuestro primer y único trabajo escrito a cuatro manos: el realizado en memoria de nuestro colega y amigo Vicent Salavert. Nuestro despacho fue un lugar muy especial, con una mesa perfectamente ordenada y limpia (la de María José) y otra sumida en el más absoluto caos (la mía) en el que, dado el carácter de María José, amable, conciliador y de una de las personas que mejor escuchaban los problemas de los otros, era habitual que pasasen a lo largo del día muchos de nuestros compañeros para contarnos cualquier

novedad o hablar de temas tanto de trabajo como personales. Poder hablar y compartir nunca fue un problema para que allí se trabajara mucho, más aún cuando investigadores como Maribel Porras o John Slater realizaban estancias de investigación y se instalaban en nuestro despacho durante varios meses.

En abril de 2015 me trasladaron lejos de lo que había sido mi Instituto y mi Universidad, sin embargo, nunca perdí el contacto con ella, ni el personal ni el profesional. Así, en un momento especialmente difícil para mí pude seguir contando con el apoyo incondicional de mi amiga. Por ejemplo, en el plano profesional, gracias en gran medida a María José, pude seguir colaborando tanto en el master como en el programa de doctorado de mi antiguo Instituto. Como coordinadora del programa de doctorado me convocaba en junio y septiembre para formar parte de tribunales de seguimiento de tesis o de lecturas de Trabajos de fin de Master, este generoso gesto me permitió poder seguir sintiéndome parte del grupo de historiadores de la ciencia y participar de alguna forma en su trabajo.

Fue precisamente en este ámbito cuando hace poco tiempo y por primera vez después de tantos años, al codirigir una tesis doctoral, emprendimos las dos una estrecha colaboración profesional. El trabajo de la doctoranda estaba centrado en el siglo XVII, pero el planteamiento del mismo hacía necesario que una gran experta en historia de la enfermedad la dirigiera. Esta tesis, que María José pudo ver terminada, pero desgraciadamente ya no pudo estar en su lectura, me permitió seguir estando en estrecho contacto con ella.

Desde estas líneas en su memoria, redactadas a partir de los muchos recuerdos que tengo de una amiga, quiero manifestar mi profunda gratitud por cuanto intelectual y humanamente pude aprender de ella, pero sobre todo por las incontables veces en que, con su enorme generosidad, capacidad de escuchar, sentido del humor y amistad estuvo a mi lado. ■

